

de conocimientos, contribuyeron poderosamente á la propagacion de las luces; dejáronse ver en Francia embajadores mogoles, y se intentó establecer en Paris un curso de lengua tártara; la poesía se levantó de punto con los ensayos de los trovadores, intérpretes entusiastas de las maravillosas hazañas de la cruzada; las ciencias médicas y matemáticas se aprovecharon de los descubrimientos de los Arabes, y la geografía recogió nociones mas exactas acerca de las naciones hasta entonces casi desconocidas. La Iglesia principalmente sacó su fruto de la inmensa influencia que le prestaron las cruzadas, de las cuales era la Santa-Sede el motor y el vínculo de union. Multiplicó los monasterios, y las corporaciones religiosas, asilos voluntarios de la debilidad y del infortunio, preciosos retiros del talento, muchos de los cuales se dedicaron al alivio de todas las miserias, ó bien fueron los depositarios de los humanos conocimientos, que conservaron y transmitieron á la posteridad.

CAPITULO XIII.

ALEMANIA DESDE EL SIGLO DÉCIMOTERCIO AL DÉCIMOCUARTO.

SUMARIO.

- § I.—Estado de la Alemania á la muerte de Federico II.—Largo interregno.—Rodolfo de Habsburgo.—Principios de la casa de Austria.—Decadencia del poder imperial despues de la muerte de Rodolfo.—Adolfo de Nasau.—Alberto I de Austria.—Insurreccion de la Helvecia.—Enrique VII de Luxemburgo. Expedicion á Italia.—Federico el Hermoso de Austria.—Luis de Baviera, quien es excomulgado por el papa.—Revolta de Carlos de Bohemia.—Corrupcion y debilidad del gobierno.—Disminucion de los dominios del imperio.—Wenceslao. Su deposicion.—Roberto III de Baviera.—Segismundo de Luxemburgo.—Juan Huss.—Turbulencias religiosas y políticas.—Alberto II de Austria.—Federico III.
- § II.—Constitucion del imperio en el siglo décimotercio.—Los electores.—Asociacion de ciudades.—Ligas Anseática, Rhenana, etc.—Pragmática de Francfort.—Bula de oro.—Vanos esfuerzos del emperador para restablecer la paz pública.—Dieta de Nuremberg.
- § III.—Opresion de la Helvecia.—Conjuracion de Rutli.—Guillermo Tell.—Formacion de la liga helvética.—Guerra contra Alberto I.—Batalla de Morgarten.—Progresos de la Confederacion suiza.—Batalla de Sempach.—Heróico sacrificio de Winkelried.—Tregua de Zurich.
- § I.—HISTORIA DE ALEMANIA DESDE LA MUERTE DE FEDERICO II HASTA LA CORONACION DE FEDERICO III.

Despues de la muerte de Federico II (1250) principió un período de disolucion. La prolongada lucha del sacerdocio y del imperio habia roto enteramente la armonia entre los estados alemanes. Divididos los pueblos por espacio de tantos años por incesantes querellas, se separaban unos de otros y recobraban su independenciam. La guerra estaba en todas partes. «Las rejas de los arados fueron convertidas en cuchillas, dice un antiguo historiador, las hoces en lanzas. Nadie iba desprovisto de pedernal y eslabon á fin de poder incendiar lo que le plugiese.» Pare-

cia que la Alemania habia retrocedido á los tiempos subsiguientes á la destruccion del imperio Carlovingio. Impotente el poder supremo para reprimir tamaños desórdenes, inútiles fueron todos los esfuerzos que hizo á fin de restablecer la paz y la unidad: esta época de anarquía ha conservado el nombre de *largo interregno*.

Mientras que *Guillermo* de Holanda, instigado por Inocencio IV durante los últimos años del reinado de Federico II, retenia la corona sin saber hacerla respetar, Conrado IV, hijo de Federico, se establecia con dificultad en Italia, y probaba en vano de recobrar sus estados hereditarios. A la muerte de estos dos principes, dos extranjeros (1237), *Alfonso* de Castilla y *Ricardo* de Cornualles, disputáronse á precio de oro los sufragios de la dieta, que rechazaba las pretensiones del ambicioso *Ottokar*, rey de Bohemia. «El imperio necesitaba de un hombre de carácter firme que le sacase de la anarquía en que le habia sumido el interregno, pero no de sobrado poder por no infundir recelos á los electores. El conde *Rodolfo* de Habsburgo que reunia ambas condiciones,» obtuvo todos los sufragios sin haberles siquiera solicitado (1273).

Rodolfo escedió las esperanzas de los grandes feudatarios, y sentado en el trono mostró una actividad y un talento que nadie le suponía. Alfonso que habia sobrevivido á su rival Ricardo, se vió obligado á reconocer al nuevo emperador. *Ottokar*, desterrado del imperio por no haber querido prestar el homenaje feudal á Rodolfo, perdió el Austria en la primera guerra, y en la segunda fue derrotado y muerto, á pesar del auxilio de los reyes de Polonia y de Bulgaria. El vencedor no dejó á Wenceslao, hijo de *Ottokar*, mas que la Bohemia y la Moravia. Hizo poner á dos hijos suyos en posesion de los feudos de Austria que habian quedado vacantes, y luego los reunió en la mano del primogénito, Alberto, para el cual destinaba la corona. La Suabia y la Borgoña debian constituir el infantazgo de su hijo menor. Mas los progresos del poder imperial, y la pretension que habia manifestado Rodolfo de querer recobrar todos los antiguos dominios de la corona, alarmaron á los vasallos. Formose una liga para entorpecer los proyectos del emperador, el cual murió luego despues (1291) habiendo intentado aunque inutilmente apoderarse de la Hungria y hacer elegir á su hijo por rey de Romanos.

Cansados los electores de la enérgica severidad de Rodolfo, se apresuraron á entregar el cetro al obscuro *Adolfo de Nasau* (1292). Mas este principe quiso estender los dominios de su casa por la via de las armas, y llevó á sangre y fuego la mitad de la Alemania. Indignados los electores dijeron *que todavía tenían otros reyes debajo de sus capas*. La dieta de Maguncia dió la corona imperial al hijo de Rodolfo, quien en la primera batalla mató á su rival (1298). *Alberto I de Austria*, para dar nueva sanción á su autoridad se hizo elegir otra vez, y coronar en Aix-la-Chapelle. El papa Bonifacio VIII fue el único que se negó á reconocerle. Recibió con corona en la cabeza y espada al cinto á los diputados de Alberto, tomó públicamente el título de vicario general del imperio, y mandó proceder á nueva eleccion. Mas Alberto apoyado por los electores y por las ciudades imperiales del Bajo-Rin, juró sostenerse en su trono; y el papa, que á la sazón se hallaba empeñado en las disputas con el rey de Francia, Felipe el Hermoso, cejó en su oposicion. El ambicioso emperador quiso afianzar á su familia en la posesion de los reinos de Hungria y de Bohemia despues de muerto Andrés III de Hungria y su sucesor Wenceslao V. Frustrósele esta doble tentativa, y no tuvo mejor écsito su intento de apoderarse de la Holanda, de la Suabia y de la Turingia; por último tuvo que abandonar tan insensatos proyectos para hacer frente á una revuelta que estalló en Suiza y amenazaba despojarle de sus propios dominios. La tiranía de Gessler, intendente del imperio, habia sublevado las poblaciones helvéticas (V. § III). Alberto marchó contra ellas; acompañole su sobrino y pupilo Juan de Suabia, cuya herencia habia usurpado. Este principe mozo de catorce años de edad, organizó una conjuracion contra el infiel tutor que le habia despojado; y al pasar Alberto el Reuss, á la vista del castillo de Habsburgo, cayó á los golpes de los asesinos. La venganza que se tomó de esta muerte fue terrible. El parricida Juan, proscrito á pesar de haber obtenido la absolucion del papa, murió en un cruel cautiverio y pasaron de mil las victimas sacrificadas al furor de los parientes de Alberto.

El cetro imperial escapó otra vez de las manos de la familia de Habsburgo. Fue elegido Enrique III de Luxemburgo con exclusion de Federico el Hermoso, hijo de Alberto (1308). Algunos años despues, los estados de Bo-

hemia ofrecieron su corona á Juan, hijo del nuevo emperador. Pero Enrique, mas celoso todavía que Alberto I del engrandecimiento de su propia casa, quiso sostener las desastrosas pretensiones del imperio sobre la Italia que sus predecesores habian prudentemente descuidado. Murió al otro lado de los Alpes, sin haber podido calmar la interminable contienda de los Guélfos y de los Gibelinos (1313).

Federico el Hermoso, duque de Austria, logró hacerse proclamar despues de la muerte de Enrique; mas un gran número de electores le opusieron por competidor á *Luis de Baviera*, y estalló la guerra entre ambos rivales. Luis de Baviera contaba á favor suyo con la naciente confederacion de los cantones suizos, á la que se dió prisa en reconocer para obtener su auxilio. El ejército que Federico envió para castigar á los sublevados fue deshecho en Morgarten (V. § III); y el mismo duque de Austria que habia invadido la Baviera, fue derrotado y cayó prisionero en la batalla de Muhlendorff (1322). Mas el papa Juan XXII lanzó una bula de excomunion contra el vencedor, citole á comparecencia dentro el término de tres meses, y espirado éste pronunció contra él un decreto declarándole incurso en la pérdida de sus derechos. Para desarmar al soberano pontífice, Luis puso en libertad á su rival y consintió en compartir con él la dignidad imperial. No obstante, á la muerte de Federico, el papa le opuso á Carlos de Francia, y le excomulgó por haberse hecho coronar en Roma por el prefecto Colonna. Luis de Baviera queria abdicar la corona en bien de la paz; pero los electores le obligaron á sostener la lucha hasta al fin. A los anatemas de Benedicto XII, contestó la dieta Germánica con la pragmática sancion de Francfort (1338), que proclamaba por legitimo rey y emperador á todo príncipe en quien recayese el nombramiento hecho por los electores, con entera independencia de la investidura pontificia. El reinado de Luis no fue por esto mas tranquilo. Juan de Bohemia, antiguo enemigo del emperador, logró alcanzar el apoyo del papa Clemente VI en favor de su hijo Carlos, y el papa lanzó nuevos anatemas contra Luis, quien murió en el momento mismo en que los electores acababan de declarar vacante el trono imperial (1347).

Débil juguete de las exigencias de los grandes, y esclavo de la voluntad del soberano pontífice, *Carlos IV* de

Bohemia compra los sufragios de la dieta prodigando las dignidades del imperio, y solo logra en Roma el honor de una segunda coronacion prometiendo no permanecer mas que un dia en la ciudad, no volver jamás á ella sin permiso del papa, y reconocer el dominio eminente de la Santa-Sede (1355). Este reinado es un triste periodo de abatimiento y humillacion para el imperio. A falta de firmeza y de talento, gobierna Carlos por medio de la corrupcion y de la intriga, repone el exausto tesoro con la enagenacion de los feudos y dominios imperiales. Confirmase solemnemente la cesion á la Santa-Sede del condado Venesino. El Definado sale del dominio eminente del emperador, para pasar al del hijo del rey de Francia, que fue luego despues Carlos V; en la Helvecia se reunen muchas ciudades á la nueva confederacion (V. § III). A la otra parte de los Alpes, el mismo emperador declara la independencia de las tierras pontificias y de muchas ciudades lombardas. En Alémania, publica (1256) la famosa *bula de oro* (V. § II), que confirma por medio de la sancion imperial los derechos y privilegios que se arrogaron los grandes vasallos. Carlos solo consigue aumentar los dominios de su propia casa á espensas del empobrecido imperio. Habia incorporado la Silesia, la Lusacia y la Moravia á la Bohemia, y habia obtenido el título de rey de Romanos para su hijo Wenceslao, cuando murió en el año 1378.

Jamas se habia hallado mas dividido el imperio, ni mas envilecido el poder que cuando subió al trono *Wenceslao*, hijo de Carlos IV quien ni siquiera pensó en restituir alguna vislumbre de grandeza y energia á la dignidad real. Confinado en su reyno de Bohemia, y contento con ejercer en sus propios dominios una autoridad que solo alli no le era disputada; presentose á la dieta de Nuremberg solo para asistir como espectador indiferente en las cuestiones que dividian á los orgullosos vasallos, y las ciudades coligadas para defender sus libertades. La noticia de la gran victoria de Sempach; que obtuvieron los Suizos contra las tropas alemanas no causó mayor alteracion al indolente emperador. Por último fue arrojado á una cárcel por sus súbditos de Bohemia (1393) y desposeido del imperio, como inepto por los electores, quienes nombraron en su lugar á *Roberto III* de Baviera (1400). El desgraciado écsito que en la otra parte de los

Alpes tuvo una expedición acaudillada por este príncipe mostró que el Imperio perdía la Italia para siempre, y Roberto volvió á Alemania á terminar un reynado sin gloria. *Segismundo* de Luxemburgo, rey ya de Hungría y heredero del trono de Bohemia que todavía ocupaba su hermano Wenceslao, emperador depuesto, parecía capaz de realzar por fin la dignidad del Imperio. Mas paralizaron todos sus esfuerzos los ataques de los Otomanos y las disensiones religiosas. Juan Huss, profesor en la universidad de Praga, no contento con predicar contra la corrupción de las costumbres del clero, renovó los errores del Ingles Wiclef (V. cap. XIV, § IV), y de acuerdo con su discípulo Gerónimo de Praga, atacó muchos dogmas fundamentales de la fe católica. Ambos fueron condenados en el concilio de *Constanza*, y quemados por hereges. Pero sus discípulos ejercieron tales represalias que Wenceslao murió de pavor. Los mas escaltados recorrieron la Bohemia, el Austria y la Baviera, bajo el nombre de *Taboritas*, robando los monasterios, dando tormento á los sacerdotes, saqueando los bienes de los católicos, y proclamando que el nuevo reyno de Dios empezaría cuando estarían incendiadas todas las ciudades de la tierra y reducidas al número de cinco. *Segismundo* despues de haber ensayado en vano el luchar con la fuerza de las armas contra los enemigos interiores, no logró terminar las hostilidades sin confirmar las concesiones hechas á los rebeldes.

En él terminó la casa de Luxemburgo (1438), y principió para la Alemania una nueva época de organización y administración regular con la casa de Austria, que desde el advenimiento de Alberto II al trono, se ha sostenido casi sin interrupción en el solio de Germania. Alberto reunió las tres coronas de *Segismundo*. Sus virtudes y talentos prometían un reynado glorioso y próspero, pero murió dos años despues de su elevación, al regreso de una expedición contra los Turcos (1440). Sucedióle *Federico III*, pariente suyo, y recibió la corona de manos del papa *Nicolas V*. Despues de él ningún otro emperador pidió esta sanción del poder: los últimos recuerdos de la investidura pontificia acababan de borrarse.

§ II. DIFERENTES VARIACIONES INTRODUCIDAS EN LA CONSTITUCION DEL IMPERIO DURANTE ESTE PERIODO DE LA HISTORIA DE ALEMANIA.

Las variaciones introducidas en la constitución del Imperio germánico, durante este periodo, fueron otros tantos golpes dados al poder imperial y á la unidad de la Alemania. Al renunciar *Federico II* la jurisdicción suprema de los emperadores en los dominios de los príncipes eclesiásticos (1220) y seculares (1230), habia sancionado por sí mismo la entera independencia de aquellos. La ruina y subdivisión de los antiguos ducados de Suabia, Franconia, Sajonia y Baviera, dió origen á una multitud de reducidas soberanías que solo sirvieron para subdividir el poder y entregar el Estado á toda clase de desórdenes. Los países mas pujantes, como la Dinamarca, la Hungría, la Polonia, y una parte de la Borgoña y de la Lombardía, se emanciparon enteramente del dominio eminente del emperador. Entre los que quedaron unidos al imperio, siete de los principales se apoderaron esclusivamente del derecho de elección que antes habia pertenecido á la multitud de los vasallos; y de este modo se formó al frente de la Alemania el colegio electoral. Reducidos los demas príncipes y barones al simple derecho de confirmación, se indemnizaron ejerciendo en sus dominios un despotismo sin límites sobre la nobleza inferior, á la cual el distintivo de caballeros no ofrecía mas que un vano simulacro de la antigua libertad germánica, y sobre el vecindario de las ciudades cuyas rentas iban á alimentar el tesoro de los señores. Pero muchas de estas ciudades orgullosas por su numerosa población y por las riquezas adquiridas con su floreciente comercio rechazaron la onerosa protección de los vasallos así como la vana supremacía del emperador. Puesto en lucha el estado llano con los príncipes, los condes y los caballeros envidiosos de su prosperidad, cambiaron sus corporaciones industriales en asociaciones guerreras; cada ciudad tuvo un crecido número de valientes defensores, y luego se unieron muchas de ellas para afianzar su nueva libertad contra cualquier ataque. Un pacto de comercio establecido en 1241 entre Lubek y Hamburgo fue el origen de

esa famosa liga anseática ó *Hansa teutónica* que en el año 1300 ya abarcaba sesenta ciudades desde el Bajo-Rin hasta el Báltico, y á mediados del siglo décimo cuarto poseía factorías en Novgorod, Estokolmo, Londres y Lisboa, y era en Alemania un poder político harto temible (V. Historia moderna, cap. VII, § III). En el año 1254, otras sesenta ciudades del sur de Alemania se unieron igualmente, bajo el nombre de liga *Rhenana*, contra la opresion de los señores. A poco tiempo la nobleza inferior de Suabia, imitó el ejemplo de los ciudadanos, formó una confederacion para sustraerse al despotismo de los grandes vasallos, y aliose en el siglo décimo cuarto con las ciudades de esta provincia (1380).

El poder imperial, cuya impotencia acusan todas esas asociaciones políticas, habia sin embargo recobrado un tanto de energía en el reynado de Rodolfo, quien á la fuerza reivindicó los derechos usurpados por los vasallos, y les redujo á la obediencia destruyendo todas esas fortalezas cuyas ruinas coronan todavía las montañas de los márgenes del Rin y de la selva Negra. Mas despues de él la division hizo nuevos progresos y la anarquía prosiguió su curso. Si la dieta de Francfort (1338) proclamó solemnemente la independencía del imperio relativamente á la Santa-Sede (V. § I), Luis de Baviera dió un nuevo golpe á la unidad del gobierno imperial mandando á los jueces que en cada provincia siguiesen sus leyes particulares, cuyo número aumentó él mismo publicando un código especial para la alta Baviera.

En el reynado de Carlos IV, la *Bula de Oro* (1356) (llamada así por el sello de oro que de ella pendía) regula la constitucion del imperio sancionando todos los derechos y privilegios que habian conquistado los grandes vasallos. Confirma el derecho exclusivo del sufragio á los siete principes electores, que son los arzobispos de Maguncia, de Tréveris, y de Colonia, el rey de Bohemia, el conde palatino del Rin, el duque de Sajonia y el margrave de Brandeburgo: el Austria no se halla comprendida entre los electorados; «pero si ella no vota en el imperio, le constituirá su patrimonio.» La bula de oro sustrae enteramente los dominios electorales de toda jurisdiccion imperial; otorga á los electores los derechos de regalía sobre las minas, la moneda y los impuestos; asegura la

preeminencia sobre todos los demas principes, y declara culpable de lesa-magestad á cualquiera que atente á sus privilegios. Llámase á los electores las columnas fundamentales, las siete lumbreras del Imperio: la dignidad electoral se halla elevada casi al nivel de la dignidad imperial.

La bula de oro contenía algunas disposiciones sobre las guerras privadas y el afianzamiento de la paz pública; pero estas fueron las únicas que no se observaron sinceramente. En vano Wenceslao y Segismundo, sucesores de Carlos IV, levantaron la voz para prohibir las sangrientas contiendas que desolaban la Alemania, y propusieron establecer una organizacion regular en los estados del imperio. Celosos estos de todo lo que tuviese algun viso de supremacia imperial, prefirieron apelar á sus propias fuerzas para hacerse justicia ó sostener sus usurpaciones. Los principes mismos sin cuidarse de la sancion del emperador, establecieron reglamentos de administracion general, cuya ejecucion no afianzaba poder alguno superior. Preciso era un nuevo período de anarquía para hacer conocer á todos aquellos orgullosos vasallos la necesidad de orden y tranquilidad general. En fin las palabras conciliadoras del prudente emperador Alberto II tuvieron favorable acogida en la dieta de Nuremberg, en la cual se renovaron, con el consentimiento de los señores, todas las disposiciones de la Bula de oro sobre la *paz pública*. Para asegurar la ejecucion de los estatutos de Nuremberg y fortificar el poder supremo se dividió la Alemania en seis *arcuculos*, presididos por un director ó capitán general, y se restableció la apelacion al tribunal del emperador (1438). Mas nuevos desórdenes ocurridos en Alemania, bajo el reynado del débil Federico III, y la impotencia de este principe contra las tentativas de los vasallos inferiores (V. Hist. moderna, cap. VII), mostraron á no tardar que los emperadores debian todavía limitar sus pretensiones á ratificar las usurpaciones de los señores: todos los esfuerzos de Federico no alcanzaron otro resultado que el de reglamentar las guerras particulares.

§ III.—FORMACION DE LA LIGA HELVÉTICA.

En medio de la decadencia progresiva de la Alemania se consumó en un rincon de Europa una noble y grande re-

volucion política. La Helvecia se separó del imperio, y merced al heroísmo de algunos serranos, conquistó su independencia y su nacionalidad. Sometida la Helvecia á la supremacia imperial desde el reinado de Carlomagno, estaba dividida en multitud de feudos inmediatos, en cuatro ciudades imperiales y en tres llamadas de los bosques Uri, Schwitz y Unterwalden. Alberto de Austria codicioso de aumentar la pujanza de su casa, propuso á estas ciudades la renuncia de sus prerrogativas y la sumision á la proteccion directa del Austria: las tres ciudades desecharon la proposicion. Irritado Alberto encargó á los administradores de las tierras que poseia en las inmediaciones de aquellas ciudades que ecsigieran el pago de derechos con el mayor rigor, que buscaran embarazos para entorpecer el comercio de aquellas ciudades y tiranizaran por todos los medios posibles á los habitantes de las campiñas.

Los altivos montañeses no suportaron mucho tiempo tan odiosa opresion. Tres hombres apasionados por la libertad, Werner Stauffacher de Schwitz, Walter Furst de Uri, y Arnolfo de Melchtal, cuyo padre, habitante de Unterwalden, acababa de ser privado de la vista por el intendente austriaco, se mancomunaron para dar la libertad á su pais. En el silencio de la noche se reunian en las rocas de Rutli con algunos amigos fieles para preparar su audaz empresa; y treinta y tres valientes juraron en nombre de Dios que les escuchaba, defender juntos hasta la muerte la santa causa de la libertad. Tal fue el origen de la confederacion suiza. Uno de los conjurados, *Guillermo Tell*, del canton de Uri, dió la señal de la revuelta. Cuéntase que Gessler, intendente del imperio, habia hecho colocar su sombrero en la plaza pública de Altorff, disponiendo que todos le rindieran homenaje. Guillermo Tell, que habia rehusado prestar honor á este insultante símbolo de la soberanía, fue condenado á muerte sino derribaba con una flecha una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. Habiendo salido vencedor en esta terrible prueba, fue no obstante aherrojado por el intendente, quien quiso conducirle por si mismo á los calabozos de su fortaleza; mas hallándose en el lago de Lucerna, una horrosa tempestad obligó al tirano á soltar al cautivo para que dirigiera el esquife entre los escollos. Guillermo alcanzó la orilla, saltó de repente á tierra y empujando la

navecilla hácia las olas fue á esperar en una emboscada á su enemigo que despues de repetidos esfuerzos habia llegado á la playa. De un flechazo atravesó el corazon de Gessler, cuya muerte reanimó el valor y las esperanzas de los confederados de Rutli.

En el mes de junio de 1308 muchos castillos habian caido ya en poder de los rebeldes, cuyo número se habia acrecentado rápidamente. Alberto marchó contra ellos, pero fue asesinado al pasar el Reuss (V. § I). Los Suizos hallaron un nuevo é implacable enemigo en Federico el Hermoso, hijo de Alberto. Este príncipe despues de haber vengado con dos sangrientas victorias la muerte de su padre, encargó á su hermano Leopoldo que hiciera á los Suizos una guerra de esterminio. Presentóse Leopoldo en las montañas de Suiza con un gran número de caballeros ilustres, blasonando de hollar bajo sus piés á aquellos aldeanos, y provisto de cuerdas para atar á sus gefes. Los confederados no se atemorizaron; invocaron la proteccion de Dios con solemnes rogativas, y siguiendo el consejo de un anciano, fueron á situarse en el desfiladero de Morgarten en donde mil trescientos hombres, armados únicamente de picas, esperaron intrépidamente el numeroso ejército de Leopoldo y sus caballeros cubiertos de acero. No duró el combate mas de hora y media, pues empeñados los Austriacos en el desfiladero fueron destruidos por una lluvia de piedras arrojadas desde la cima de la montaña, y derribados ginetes y caballos acabaron sus vidas á la punta de las picas. Los vencedores juraron constituir una liga perpétua que muy presto quedó aprobada por Luis de Baviera, y todo el pais fue designado con el nombre de canton de Schwitz (*Suiza*), en donde habian alcanzado la victoria de *Morgarten* (1315).

Desde entonces la confederacion estendió rápidamente sus confines, juntándosele sucesivamente desde 1332 á 1353, los cantones de Lucerna, Zurich, Glaris, Zug y Berna, y aseguró definitivamente su independencia, sosteniendo otra guerra con el Austria. Los Austriacos habian establecido en el camino principal de Lucerna un derecho de peage al cual no quisieron someterse los jóvenes de la ciudad; esta negativa sirvió de pretesto al duque de Austria, Leopoldo, para invadir la Argovia. Su ejército que constaba de cuatro mil caballos y muchos infantes, halló

á los mil cuatrocientos soldados de la confederacion cerca de *Sempach*. Los Helvecios atacaron con intrepidez, pero por mucho tiempo se fatigaron en vanos esfuerzos para romper el frente herizado de hierro que presentaban los batallones enemigos; y habia sucumbido crecido número de aquellos, cuando un valiente caballero de Unterwalden, llamado *Arnoldo de Winkelried*, se arroja exclamando: «Amigos míos, á vuestro cuidado confío mi esposa y mis hijos.» Abalanzase en seguida contra las filas de los Austriacos, coge en sus brazos muchas puntas de las lanzas, clávalas en su pecho y arrastra en su caída á los soldados que las empuñaban. Precipitanse al momento los Suizos en la brecha que quedó abierto, pasando sobre el cuerpo de su generoso compañero; rompen con sus pesadas espadas los cascos y corazas de los caballeros, y ponen en derrota á los Austriacos (1386). Esta famosa jornada seguida luego de la batalla de Nafels, que ganaron los habitantes de Glaris, preparó la tregua de Zurich (1389) por la cual Alberto III de Austria reconoció los derechos de la confederacion helvética.

Pocos años despues (1441) la ciudad de Appenzell se unió á los ocho cantones, cuyo número llegó á trece al principio del siguiente siglo (V. historia moderna).

CAPÍTULO XIV.

ITALIA DESDE EL SIGLO DÉCIMOTERCIO AL DÉCIMOQUINTO.

SUMARIO.

- § I.—Decadencia del poder político de los papas. Lucha entre Guelfos y Gibelinos.—Conrado y Manfredo.—Cárlos de Anjou en Italia. Muerte de Manfredo y de Conradino.—Ambiciosos proyectos de Cárlos de Anjou. Vísperas Sicilianas.—Separación de la Sicilia y de Nápoles.—Rivalidad de las casas de Anjou y de Aragon.
- § II.—Pujanza marítima de Venecia.—Influencia de la caída del imperio latino en los destinos de Venecia.—Revolucion política.—Abolicion de la democracia.—El Grau Consejo.—Ciérrase el Gran Consejo.—Consejo de los Diez.—Rivalidad de Pisa y Génova.—Decadencia de Pisa.—Triunfo de su rival.
- § III.—Relaciones de Clemente V con Felipe el Hermoso.—Traslacion de la Santa-Sede á Aviñon.—Juan XXII.—Clemente VI.—El tribuno Nicolás Rienzi en Roma.—Su poder y su caída.—Regreso del papa á Roma, despues de haber permanecido setenta años en Aviñon.
- § IV.—Doble eleccion de Urbano VI y Clemente VI.—Benedicto XIII y Gregorio XII. Concilio de Pisa.—Alejandro V.—Concilio de Constanza. Juan XXIII. Condena de Juan Huss. Deposicion de tres papas.—Martin V. Inútiles tentativas de reforma.—Concilio de Basilea.—Reunion temporal de la Iglesia griega.
- § V.—La familia de los Viscontis en Milan.—Lucha de las ciudades lombardas contra Milan.—Bernobós Visconti.—Juan Galeazzo.—Los Condottieros.—Francisco Esforcia.—Estado de la Lombardia.—Casa de Saboya.
- § VI.—Estado de la Toscana.—Continua la lucha de los Guelfos y Gibelinos.—Hazañas de Castruccio.—Rivalidad entre Negros y Blancos en Florencia.—Peste de Florencia.—Principio de la casa de Médicis.—Salvestro.—Juan, padre del pueblo.—Cosme, padre de la patria.
- § VII.—Posicion respectiva de Venecia y Génova.—Rompimiento entre las dos repúblicas.—Conjuracion de Marino Faliero.—Prósperos sucesos de Génova.—Guerra de Chiozza.—Pisan salva á Venecia.—Prósperos sucesos de los Venecianos. Sus progresos en el continente.—Guerra contra Milan.
- § VIII.—Lucha entre Fadrique de Aragon y Roberto de Anjou.—Crímenes y desórdenes de Juana I.—Juana II.—Rivalidad